

gran notoriedad literaria con la poesía de Nicolás Guillén y Emilio Ballagas. Por esa época, la reivindicación de lo afrocubano coincidía, además, con un debate público sobre cultura y raza. La antropología se discutía en los periódicos, y el llamado «problema judío» encontraba un símil demasiado fácil en el «problema negro». Se escuchaba la «música mulata» de Amadeo Roldán, Alejandro García Caturla o Rita Montaner, y en poesía irrumpía la moda recitativa con las voces de Eusebia Cosme y la argentina Berta Singerman. La idea de la identidad como resultado del mestizaje será resumida en la metáfora del *ajiaco*, utilizada después por Ortiz para describir un proceso de «transculturación» al que Cuba debería su signo distintivo en relación con otras naciones caribeñas.

Lezama decidió mirar hacia otra parte. Y el *Coloquio con JRI* le dio la oportunidad de definir un cambio en la concepción de la cultura cubana. También en el estilo: las diferencias del *Coloquio* con la crítica literaria que se había hecho en Cuba hasta el momento son notables. No hay el más mínimo asomo de sociologismo académico y los nombres de Valéry, Mallarmé o Joyce aparecen con naturalidad junto a los de Pascal o Goethe, en un libérrimo teatro de las ideas.

Si bien, al principio del diálogo, Juan Ramón se resiste a aceptar la originalidad de lo insular y cita el universalismo indispensable en toda cultura auténtica, luego acepta que «el mito de la sensibilidad insular» se opone al eclecticismo de una expresión mestiza, al resultado cultural de una suma de sangres. Lezama se refiere, más o menos en clave, al *afroantillanismo* o *negrismo* en boga, esa poesía hecha para ser representada «con acompañamiento de voz o instrumento» y promovida por una cohorte de músicos y recitadores. «Preferir la música elemental de la sangre a las precisiones del espíritu –afirma el cubano– es lo mismo que habitar los detalles sin asegurarse de la legitimidad de una sustancia». Querer mover la poesía del lado del espíritu al lado de la naturaleza es «retrasarla a su primera sangre», «hacerla reincidir en etapas de la sensibilidad ya ganadas».

Ni Guillén ni Ballagas se sintieron aludidos por estas conclusiones. En cualquier caso, iban destinadas a ellos y no a Juan Ramón, un interlocutor bastante alejado de esos problemas. ¿Creyó realmente Lezama en la teleología insular, o usó ese término para impresionar a Juan Ramón y a los futuros *origenistas*? Veinte años después, él mismo confesará que algo había de ambas cosas: la Teleología Insular había sido una manera de evadir los disfraces de la síntesis criolla, de «lo popular turístico» y del folklore nacionalista. «Desechando ahora –dice en 1956– el desarrollo de esa expresión [la Teleología Insular], bástenos subrayar que le daba a su generación un sentido himnico, whitmaniano, buscaba el *cantabile* optimista, para dife-

renciados afluir a lo universal... Creíamos que cada forma alcanzada artísticamente tenía que lograr, por una nobleza más evidente, una claridad para el estado, entonces, como ahora, indeciso, fluctuante, mediocrísimo».

Lo primero que hizo Juan Ramón al llegar a Trocadero 162 fue preguntar por la fotografía que dominaba la sala de la casa: el retrato del coronel José María Lezama, vestido con su uniforme militar. La pregunta produjo enseguida una corriente de simpatía y se habló de los orígenes de la familia Lezama, de los vascos exiliados en Cuba. «Realmente mi madre y mi hermana, cuando yo salí a recibirlo, estaban encantadas con él —recordará Lezama—. «Era un hombre muy difícil, pero como gran poeta que era, tenía la definitiva vía de salvación». En esa misma entrevista, Lezama no elude mencionar el lado oscuro del andaluz, «lo protervo, lo demoniaco, lo encendido en cólera y reacciones dementísimas que eran también uno de los centros de su alma».

Hacia 1937, las relaciones de Juan Ramón con el resto de la España literaria eran desastrosas. Los constantes equívocos y maledicencias del mundillo literario español le trajeron fuertes desavenencias con un grupo de escritores a los que, no sin razón, consideraba sus discípulos. Varios hechos ahondaron su ruptura definitiva con la Generación del 27: la discusión sobre la *poesía pura*, los cambios políticos, el hecho de que sus antiguos discípulos adoptaran como nuevo maestro a Pablo Neruda para que dirigiera la revista *Caballo verde para la poesía...* todo contribuía a que Juan Ramón reforzara su recelo, parapetado en su refugio habanero.

Poco después de la muerte del poeta español, en una nota publicada en el *Diario de la Marina*, Lezama compara el rencor juanramoniano con la bilis de Góngora —«avinagrada fábrica de oro en la niebla»—, y termina por concederle las virtudes de la lucidez:

Por su rencor se igualaba con Góngora, el brillador. Sus sarcasmos tenían algo de la honda de David, entrando con su cancioncilla y sus cordeles en el corralón de la pesadez. El reverso de su éxtasis era la lucidez en el rencor. «Hablo —a todos los que me han hecho mudo». Su rencor nacía de ese paredón de la mudez, la propia por obligado asedio; la ajena, por negación de la gracia (...) Ejercicio de su lucidez, llevaba siempre su venablo al sitio donde más duele la maldición, pues todos nos estremecemos cuando el verídico descubre la oscura región en la que nuestra mudez fue merecida.

Hay varios ejemplos de esa «lucidez en el rencor» («la calumnia como género poético», dirá Octavio Paz al recordar su encuentro con Juan Ramón en Washington), reseñados en los diarios del joven cubano. En uno

de los encuentros con Lezama, Juan Ramón habla de la poesía de Salinas y dice que es encaje de bolillo. O si se quiere, un tren en marcha con una velocidad más bien moderada.

– Se asoma usted a la ventana, señor Lezama, y ve pasar corderos, hombres, jilgueros y sirenas. Bergamín, si bien no tiene esos problemas de estilo, padece cierto defecto orgánico que le impide acogerse a la legalidad de la sintaxis. Y es que desde muchacho lo acostumbé mal, le revisaba todos sus trabajos. Ahora creo que eso se lo hace Marichalar, por eso sus trabajos son cada vez más aguados.

– Pero maestro, también en Claudel hay muchas repeticiones de palabras ¿Acaso Unamuno no habla de la «incorrección necesaria»?

– No haga usted caso. Unamuno, una vez que le hablaron de su discípulo Bergamín dio sobre él un juicio insuperable: «Es el incapacitado mental número uno».

Lezama comprende por la rapidez y deficiencia de la frase que la cita es apócrifa, que Unamuno no debe haber dicho nada de eso. Pero sonríe y cambia de tema. Al parecer, Juan Ramón está en uno de sus días biliosos. La emprende, entonces, con Pérez de Ayala:

– Su señora, cuando se iba a divorciar de él, nos decía con mucha ingenuidad a Zenobia y a mí: «Yo no sé lo que le pasa a Ramón, que cuando va a escribir se encierra en su cuarto y necesita ponerse varias revistas enfrente: *The Criterion*, la *Nouvelle Revue Française*, la *Neue Rundschau*...

La mano se cierra, rápida como un abanico. Le hace un guiño a su interlocutor, que percibe la fina malicia sin inmutarse. Ya se ha acostumbrado a estos comentarios. Hace apenas un mes Juan Ramón le ha citado la misma anécdota a propósito de Eugenio D'Ors: su esposa ingenua, que no lo contaba por malo... Le divierte este lado protervo de su maestro, y él mismo no se anda con rodeos a la hora de criticar a Ballagas, quien, por cierto, se ha burlado de su poesía en un almuerzo. La maledicencia ajena produce una incomodidad que sólo se resuelve en el silencio o con una dosis equivalente de maledicencia. Y Lezama es un gran conversador.

– Parece que Ballagas está haciendo sonetos...

– Sí, me ha mandado algunos. Hay algo en ellos del coleccionista, aunque ese síntoma está atenuado por la búsqueda de una forma precisa.

– Me temo que hemos ido demasiado lejos en el camino del cisne, y por ahí se llega a la estatuaria. Como en la antología de la Hispanocubana, por ejemplo... Hasta Ballagas se asustó de estar en tan numerosa compañía.

– Eso fue lo que ustedes llaman «un numerito», una orquestación montada para llamar la atención y que luego fuera yo a rogarle a las puertas del castillo. Desde entonces me escribe cada vez que piensa venir a La Habana y cada vez que la musa lo visita.